

5. LA FELICIDAD¹⁸

A. La *felicidad* es un estado duradero de placer. Así, es bueno evitar o moderar algunos placeres, que pueden ser nocivos a la larga, causando dolores o impidiendo placeres mejores y más duraderos.

La *sabiduría* es la ciencia de la felicidad: es lo que debe estudiarse por encima de todas las cosas.

La *virtud* es el hábito de actuar según la sabiduría. La práctica debe acompañar al conocimiento.

El *placer* es un conocimiento o sentimiento ante la perfección no sólo en nosotros, sino también en el prójimo, pues en el caso de éste también se suscita alguna perfección en nosotros.

Nuestras perfecciones internas son la ciencia, el conocimiento y el vigor.

Amar es encontrar placer en la perfección de otro.

La justicia es caridad o hábito de amar según la sabiduría. Así cuando uno se porta justamente, trata de lograr el bien de todos en la medida de lo razonablemente posible, pero en proporción a las necesidades y méritos de cada uno. Y si también estamos obligados, a veces, a castigar a los malvados, ello es por el bien general.

Ahora es preciso explicar el sentimiento o conocimiento de la perfección. La percepción confusa de alguna perfección produce el placer de los sentidos, pero este placer puede ser de imperfecciones más grandes que se originan, de la misma manera que un fruto de sabor agradable y buen olor, pese a las apariencias, puede contener

¹⁸ Traducción de J. de Salas, en Salas 84, págs. 413-427. Fuente: Grua, II, págs. 579-584. Fecha: entre 1694 y 1698. Texto representativo del uso por parte de Leibniz de su método por definiciones, aplicado en este caso a la religión y a la ética. *Vid.* también texto anterior.

veneno. Por esta razón es necesario recelar de los placeres de los sentidos como se desconfía de un desconocido o, más bien, de un enemigo que nos halaga.

Los conocimientos son de dos clases: los de hechos y los de razones. El de los hechos es la percepción, el de las razones es la inteligencia.

El conocimiento de hechos nos sirve, mas el conocimiento de las razones nos perfecciona.

El conocimiento de las razones nos perfecciona porque nos enseña verdades universales y eternas, que expresan al ser perfecto. Pero el conocimiento de los hechos es como el de las calles de una ciudad, que nos sirven mientras estamos en ella, después de lo cual no queremos que nuestra memoria cargue con ellos.

El placer del espíritu consiste en el conocimiento de las perfecciones por sus razones, es decir, en el conocimiento del Ser perfecto, que es la última razón de las cosas y de sus emanaciones.

Los placeres de los sentidos que más se aproximan a los placeres del espíritu, y son los más puros y seguros, son los de la música y los de la simetría: los primeros para los oídos y los segundos para los ojos; en efecto, fácil es comprender las razones de la armonía o de la perfección que nos causa placer. Lo único que se puede temer en ello es el peligro de dedicarles demasiado tiempo.

No se debe desconfiar de los placeres que nacen de la inteligencia o de las razones cuando se penetra en la razón de la razón [*sic*] de las perfecciones, es decir, cuando se les ve surgir de su fuente, que es el Ser absolutamente perfecto, que se llama Dios.

El Ser perfecto se llama Dios. Es la última razón de las cosas y la causa de las causas. Siendo la soberana sabiduría y el soberano poder siempre ha elegido lo mejor y actúa de acuerdo con un orden.

Se es dichoso cuando se ama a Dios, y Dios, que todo lo ha hecho lo más perfectamente posible, no podía dejar de ordenarlo así, para elevar a las criaturas hasta la mayor perfección de que son capaces por la unión con Él, que sólo puede consistir en la unión espiritual.

Pero no podríamos amar a Dios sin conocer sus perfecciones o su belleza. Y como nosotros no podemos conocerlo más que en sus emanaciones, hay dos medios de percibir su belleza, a saber, el conocimiento de las verdades eternas, que consisten en las razones, números, figuras, órdenes, cambios, explicando las razones en sí mismas, y el conocimiento de la armonía del universo, aplicando

las razones a los hechos. Es decir: deben conocerse las maravillas de la razón o del espíritu y las maravillas de la naturaleza.

Las maravillas de las razones y de las verdades eternas que nuestro espíritu encuentra en sí mismo en las ciencias de razonar sobre números, sobre figuras, sobre el bien y el mal, sobre lo justo e injusto.

Las maravillas de la naturaleza corpórea son el sistema del universo, la estructura de los cuerpos de los animales, las causas del arco iris, del imán, de las mareas, y mil otras cosas parecidas.

Hay que tener como cosa cierta lo siguiente: el espíritu es dichoso en la medida en que desea conocer el orden, la razón, la bondad de las cosas que Dios ha producido, y en la medida en que se inclina a imitar este orden en las cosas que Dios ha hecho que dependan de su conducta.

Por consiguiente, es muy cierto que no podríamos amar a Dios sin amar al prójimo, y que no podríamos tener la sabiduría sin mostrar caridad, que es la piedra de toque de la verdadera virtud; y también es cierto que se acrecienta el bien propio procurando el de los demás, pues es una ley eterna de la razón y de la armonía de las cosas que las obras de cada uno redundarán en su beneficio. La piedra de toque de la verdadera piedad es el deseo de realizar el bien. No se la posee cuando no se tiene un deseo ardiente de ello. Así, la soberana sabiduría ha regulado tan bien todas las cosas que nuestro deber debe constituir al mismo tiempo nuestra felicidad, que toda virtud produce su recompensa y que todo crimen se castigue pronto o tarde.

B. La VIRTUD es el hábito de actuar según la sabiduría pues es preciso que la práctica acompañe al conocimiento, a fin de que el ejercicio de las buenas acciones nos llegue a ser fácil y natural y se convierta en hábito, ya que la costumbre es una segunda naturaleza.

La SABIDURÍA es la ciencia de la felicidad. Es lo que se debe estudiar antes más que cualquier otra ciencia, ya que nada es más deseable que la felicidad. Por esta razón, es preciso tratar de actuar de modo que nuestro espíritu esté siempre por encima del tema del que se ocupa, que reflexione frecuentemente sobre el fin o la meta de sus actos diciéndose a sí mismo de cuando en cuando: ¿qué hago?, ¿por qué hago esto? Vayamos a lo principal. De esta forma el hombre evitará entretenerse con bagatelas o en cosas que llegan a serlo cuando se les dedica demasiado tiempo.

La FELICIDAD es un estado duradero de alegría. Es necesario que nuestra alegría y nuestro placer no tengan malas consecuencias y no nos hundan después en tristeza y dolor mayores o más duraderos. La ciencia de la felicidad consiste en esta elección de alegría y placeres y en los medios de obtenerlas o de evitar la tristeza.

Muchos placeres, sobre todo los más sensuales, causan dolores bastante mayores y bastante más duraderos, o impiden placeres mayores y más duraderos. Por el contrario, hay dolores o penas que son extremadamente útiles o instructivos. En consecuencia, la ciencia de la felicidad consiste en su elección, y en el modo de obtener unas cosas y evitar las otras.

La ALEGRÍA es el placer total que resulta de cuanto el alma siente en un momento determinado. De esta manera se puede encontrar alegría en medio de grandes dolores, cuando los placeres que se sienten al mismo tiempo son muy grandes y capaces de borrarlos; así ocurrió en el caso de aquel esclavo español, que habiendo matado a un cartaginés, asesino de su señor,¹⁹ no careció de alegría, ni se preocupó de los tormentos que los verdugos pudieran inventar.

El PLACER es el sentimiento de alguna perfección y esta perfección que causa placer se puede encontrar no solamente en nosotros, sino también fuera de nosotros. Pues, cuando nos percatamos de ella, este mismo conocimiento suscita alguna perfección en nosotros, puesto que la representación de la perfección es también una perfección. Por esto, es bueno familiarizarse con objetos que la tengan en gran medida. Hay también que evitar el odio y la envidia, que nos impiden encontrar placer en tales objetos.

AMAR es encontrar placer en la felicidad de otro. Así el hábito de amar a alguien no es otra cosa que la BENEVOLENCIA por la cual deseamos el bien a otro, no por el provecho que de ello obtenemos, sino porque ello nos resulta agradable de por sí.

La CARIDAD es una benevolencia general. Y la JUSTICIA es la caridad de acuerdo con la sabiduría. Así, cuando se está en disposición de querer y hacer lo que de nosotros depende para que todo el mundo sea feliz, se tiene caridad; y cuando la caridad está debidamente regulada por la sabiduría, de ello se sigue la virtud que llamamos justicia, cuyo fin es que no se haga mal a nadie sin necesidad, y se haga el bien tanto como se pueda, pero sobre todo a quien más lo merezca.

¹⁹ Tito Livio, *Historia*, XXI, 2, citado en *Teodicea*, 255.

Hay dos tipos de conocimiento, el de hechos que se llama PERCEPCIÓN, y el de razones que se llama INTELIGENCIA. La percepción lo es de cosas singulares, la inteligencia tiene por objeto los universales o las verdades eternas, y es por esto por lo que el conocimiento de las razones nos perfecciona siempre, y nos hace remitir todo a la última razón de las cosas, es decir, a Dios, que es la fuente de la felicidad. Pero el conocimiento de hechos es como el de las calles de una ciudad, que nos es útil mientras permanecemos en ellas, y después no queremos cargar nuestra memoria con ellas. Por consiguiente, el placer de conocer las razones es mucho más estimable que el de conocer los hechos. Y los hechos que más importa considerar son los que conciernen a las cosas que pueden contribuir más a hacernos tener el espíritu libre para razonar justamente, y para obrar según los dictados de la razón. Tales son los hechos cuyo conocimiento sirve al orden que hay que seguir en la vida, y en el aprovechamiento del tiempo, en el ejercicio de la virtud, en el cuidado de la salud, ya que las enfermedades nos impiden actuar y pensar; en el arte de vivir con los otros hombres, porque de todas las cosas exteriores lo que sirve más al hombre es el hombre, al tener todos el mismo interés en última instancia. Por consiguiente, hay que aprovecharse de su ayuda para conseguir el conocimiento de la verdad, buscar a los virtuosos y sabios y, al mismo tiempo, poder tratar a los otros, si es preciso, sin recibir mal alguno por ello.